cientes á sus heridos, de cuyos despojos se aprovecharon los peones de los molinos del Cristo, Santa Bárbara y Guadalupe; algo tomó la plebe de Puebla. Carbajal y Cuellar hostilizaban sin cesar á los que se retiraban; el día 10 se movió de Puebla una fuerte división para perseguir á los franceses; pero hubo contra-orden y las tropas regresaron á sus cuarteles al medio día; al siguiente marchaban con ese objeto doce mil mexicanos. De Amozoc se había movido una columna de dos mil franceses, y guiada por un individuo llamado Juan Dávila, fué hasta la hacienda de Capulas, de donde regresó después de haberse tiroteado con la caballería mexicana.

Para reforzar á Puebla salió de la capital de la República el mismo día 5 la brigada de Guanajuato, y al siguiente entraban á la ciudad asaltada las tropas mandadas por O'Horán, que habían sido distraídas para atacar á los reaccionarios en Matamoros; también acudieron las de Tlaxcala, que al mando del coronel León, habían ido á batir al cabecilla Gutiérrez, por el rumbo de Chignahuápam.

El Congreso consideró que había suficiente número de actas para hacer la computación de los votos relativos á la Suprema Corte, y poco después declaró presidente de ella al C. Jesús González Ortega; decretó que eran beneméritos de la Patria el general Zaragoza y los jefes, oficiales y soldados del ejército de Oriente que se habían batido en Acultzingo el 28 de Abril y en Puebla el 5 de Mayo. También dió la Asamblea un manifiesto contra la intervención francesa, llamando á los mexicanos á que se unieran al gobierno, y decretó medallas á los que se batieron en aquellas dos memorables jornadas. El Estado de Zacatecas no estuvo representado en Puebla ni con un solo soldado, á causa de los disgustos que existían entre Doblado y González Ortega; pero éste organizaba las fuerzas con las que poco después apareció en campaña. Como en el nuevo tratado que se quería ajustar con los Estados-Unidos, se les daba por garantía los bienes del clero, dispuso el general Doblado que cesara toda venta ó enagenación de dichos bienes; esta disposición duró poco tiempo. Algunos ciudadanos abrieron una suscrición nacional, para ofrecer al general Zaragoza una espada de honor.

Los súbditos franceses residentes en Puebla, elevaron un voto de gracias al gobierno del Estado "por la conducta noble y generosa que había observado con los franceses heridos y prisioneros," "de cuyos sentimientos de gratitud eran intérpretes fieles." Quedaba desmentida con esto, la especie propalada por Laurencez, de que en Orizaba iban á ser asesinados los enfermos que se hallaban en el hospital bajo la salvaguardia de la bandera mexicana.

Debió el ejército francés su derrota á la presunción y á la vanidad de que tantas pruebas diera; aparece delante de Puebla, creyendo no tener más que presentarse y asaltar; Laurencez, fiado en una superioridad supuesta, olvida tomar las precauciones ordinarias, intenta el asalto y fracasa con muy sensibles pérdidas, yendo las tropas al asalto de los fuertes en la creencia, generalmente tenida entre ellos, de que los republicanos no les esperarían y sufren atroz desengaño. Aunque los mexicanos estaban débilmente organizados, contaban con jefes experimentados y con la exaltación de los espíritus que no admitían la dominación napoleónica. Los

soldados franceses vieron con admiración, que las balas republicanas diezmaban sus filas, y que las de cañón iban á matar aun á los que formaban el Estado Mayor del general Laurencez. Los zuavos y los cazadores á pie pagaban muy caro la presunción y la infantil credulidad de sus jefes, ignorantes de lo que pasaba en el país donde operaban. Sorprendióse la Europa al saber que los franceses eran derrotados; en los Estados-Unidos se regocijaron al ver humillada á la Francia. Esta se quedó estupefacta, pues no había visto vencidas sus tropas desde Waterloo, y se apresto á vengar el fracaso de Puebla, resolviendo entrar á México, como se había vengado del que sufrió en China, yendo á Pekín, y fué enviado el mariscal Forey con refuerzos que ascendían á treinta mil hombres.

En consecuencia se notó desde luego grande actividad en Tolón para embarcar tropas con destino á México, principalmente las que se trasportaban de Argel; el general Forey, nombrado jefe de la expedición, quedaba investido con poderes muy amplios, superiores á los de Saligny y Jurién de la Gravière; éste volvía á tomar el mando de la escuadra en el Golfo de México. La noticia del descalabro sufrido por los franceses el 5 de Mayo, hirió el orgullo francés, que no había creído ni en la posiblilidad de una derrota. En vano Laurencez procuró atenuar el efecto calificando el cerro de Guadalupe de un Sebastopol, atribuyendo doce mil hombres al ejército de Zaragoza y exagerando después lo ocurrido en Barranca Seca. La herida fué profunda y produjo en Francia sin tardanza unanimidad en la opinión, acerca de reparar el desastre, no sin que una parte de la prensa francesa, dejara de calificar de injusta la política de Napoleón en la cuestión mexicana.

"Le Temps," al dar cuenta de la acción que tuvo lugar frente á Puebla el 5 de Mayo, dijo: "Lo que ha sido derrotado y rechazado en el cerro de Guadalupe, no es el valor de nuestros soldados, sino la idea de Intervención. Nuestros soldados avanzaron bajo la fe de falaces promesas; contaban con la cooperación de la ciudad; ésta les faltó, y la responsabilidad de la situación recae enteramente sobre los que habían prometido." "El general Almonte nos había asegurado que las poblaciones saldrían á recibirnos al camino como sus libertadores; fiados en estas promesas, nuestros soldados, debilitados ya por la separación de los españoles, emprendieron su marcha á México." "Todas las promesas resultan falsas; no sólo la población de Puebla nos fué contraria, sino que el famoso pronunciamiento de Orizaba no tuvo la menor consecuencia."

Aquella derrota sufrida por los franceses en los cerros de Guadalupe y Loreto, no fué tan importante como acción de guerra, sino por la significación que tuvo: los mexicanos revindicaban su valor y el derecho á ser independientes y á gobernarse por sí mismos. Ningún periódico francés se aventuró á comentar el descalabro de las tropas francesas en Puebla, excepto "La Patrie," pues acaloradamente declaró qne no podía ser cierta la noticia inventada por "Le Temps," y encontraba muy difícil que en el estado de turbulencia en que estaba México, hubieran podido diez mil mexicanos detener á las tropas expedicionarias francesas.

"La Patrie" decía: "el 5 de Mayo no habían dejado aún á Puebla las tropas francesas; despachos auténticos de Orizaba, fecha 10, testifican el hecho de que los franceses han derrotado á los mexicanos, en donde quiera que se han encontrado."

Las noticias del desastre llegaron á Francia por el "Niágara," y fué grande la impresión que causaron en el Emperador, pero no bastante para que le abrieran los ojos acerca de las dificultades de la empresa que había tomado á su cargo. Los sucesos acaecidos en Puebla el 5 de Mayo, admiraron no sólo á la Francia sino á la Europa entera, y mortificaron profundamente el orgullo y la vanidad de los franceses, vencedores en Magenta y Solferino, aquí vencidos en caballeroso combate, luchando cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, con los que en Europa eran llamados cobardes y miserables. Veíase que la mala estrella de Napoleón III se levantaba del horizonte y que siguiendo el orden natural, culminaría en no muy distante época. En una correspondencia interceptada y procedente de la familia de Jecker, se dijo que cuando el Emperador Napoleón recibió el despacho en que se le anunciaba la derrota de los franceses en Puebla, lo arrojó en el regazo de la Emperatriz Eugenia, diciéndole: "de todo esto tiene usted la culpa."

Debió impresionar mucho á los que creían que en México dominaba el salvajismo, encontrar un pueblo civilizado y humano que ponía en libertad al prisionero y devolvía al vencido las condecoraciones que perdiera en el calor del combate; un pueblo que con ternura y solicitud cuidaba de los heridos y dejaba tranquilos en el ejercicio de su industria y de su comercio, á los franceses pacíficos, concediéndoles iguales garantías que á los nacionales y renunciando hasta el derecho que tenía á expulsarlos. Los desertores continuaban siendo acogidos con los brazos abiertos, cual si fueran hermanos; se les proporcionaban recursos para que se establecieran honradamente aquí, y eran internados á puntos lejanos del teatro de las hostilidades.

En la acción del 5 de Mayo ocurrieron episodios dignos de referirse: se encontraron un soldado del batallón de Zacapoaxtla y un cazador de Vincennes, é hicieron fuego al mismo tiempo; el primero acertó y al ver que caía el francés, le recogió el fusil y cargándose en las espaldas al herido lo condujo hasta el primer hospital que encontró. Cosa semejante hizo un oficial mexicano con un cazador de Africa. El coronel Ignacio Alatorre, de la segunda brigada de la división Negrete, manda que le sean devueltas las condecoraciones á un francés y dió recompensas á los soldados que conducían al prisionero; pero uno de ellos rehusó el dinero, queriendo que la devolución fuese hecha como un presente de la hidalguía mexicana. El carrero José M. López, que regresaba de conducir parque, recogió en su carro á tres mexicanos y tres franceses heridos; dirigíase á Puebla, cuando encontró una partida de caballería mexicana, á la que aseguró que todos los heridos eran mexicanos; un poco adelante fué alcanzado por fuerza francesa, y temiendo por los mexicanos, díjoles también que todos aquellos heridos eran franceses; pero no quedando satisfechos registran el carro y se llevan los heridos al campo

francés. Sin embargo, la acción de López agradó y fué obsequiado y socorrido con un peso diario, los cuatro días que le detuvieron.

El oficial José Inclán, ayudante del general Alvarez, combatió cuerpo á cuerpo con un zuavo que con la mayor sangre fría preparó su carabina y apuntó sobre Inclán, desviando la puntería el oportuno auxilio de otro oficial. Inclán aprehende á su enemigo y lo pone en ancas del caballo llevándolo así durante la acción, en la que una bala perdida hirió al zuavo; entonces el oficial mexicano lo condujo al hospital, donde le visitaba diariamente. Los heridos de una y otra parte estaban reunidos y fraternizaban, cambiábanse regalos y se empeñaban los zuavos en que los mexicanos fumaran en sus pipas.

En la proclama que Laurencez dirigió á los soldados y marinos, después de los sucesos acaecidos el 5 de Mayo, les dijo: que la marcha á México había sido detenida por obstáculos materiales que estaba lejos de esperar, según los informes que se le habían dado. "Cien veces se os había repetido que la ciudad de Puebla os llamaba con ansia, y que su población se precipitaría á vuestro encuentro para coronaros de flores." "Nosotros nos hemos presentado delante de Puebla con la confianza que nos inspiraba esta engañosa apariencia." "La ciudad se hallaba erizada de barricadas y dominada por un fuerte en el que se habían acumulado todos los medios de defensa." Les dijo que la artillería de campaña que llevaban, era insuficiente para abrir brecha en las trincheras; para esto habría sido necesario un material de sitio; pero sin tener este elemento, se habían lanzado con intrepidez sobre fortificaciones defendidas por artillería y por triple hilera de fusileros, á la vez que por los flancos tenían que sostener los esfuerzos de muchos batallones mexicanos y de numerosa caballería. Atribuyó á una fuerte lluvia que puso inaccesibles los cerros, el que no se hubiera renovado el ataque, y aseguró que el Emperador sabría premiar los esfuerzos que habían hecho. "Habéis sido engañados lo mismo que Su Majestad el Emperador, y habéis obligado á defenderse, precisamente á los que tenían simpatías por nosotros; pero la Francia engañada sabrá reconocer su error, porque nuestro Soberano es demasiado grande para hacer el mal. El mismo lo ha dicho:" "la justicia acompaña por todas partes al pabellón francés."

En esa proclama se descubre ya el desacuerdo entre Laurencez y Saligny; el general creyó conveniente dar parte á su gobierno de la realidad de las cosas cambiadas por el diplomático; éste por su parte, puesto de acuerdo con Almonte, para evitar el efecto de los informes, envió á París al Padre Miranda; tales incidentes patentizaron que era completo el choque entre el jefe del cuerpo expedicionario y el emisario que representaba aquí á Napoleón III; cada uno de ellos siguió diferente política y procuró que prevaleciera su opinión ante el trono imperial. Laurencez atribuía la derrota de Puebla, á la completa ignorancia en que estaba Saligny de la disposición de la plaza y de sus habitantes, y fué apoyado por una protesta de la oficialidad francesa contra el mismo Saligny, acusándole de que los había arrastrado con engaño contra el país que había sido el mejor amigo de los franceses

Grandes cargos hicieron Saligny, Almonte y Márquez contra Laurencez, por no haber dirigido notas enérgicas á Zaragoza contra la especie que virtió de que Saligny estaba engañando á la Francia; por no haber fortificado el cerro del Borrego y porque no fué vendado el jefe mexicano que llevó al campo francés un pliego del general Zaragoza; decían que Almonte había corregido las enormes faltas del general francés, y que éste había cometido un grave error al no seguir las operaciones activamente después de la acción del Borrego, separándose en esto de la opinión de Márquez.

Laurencez escribió á Napoleón contrariando los informes de Saligny; para oponérsele, fué enviado á París Mr. Lapierre, ayudante de Almonte; individuo insinuante y avezado á la intriga logró destruir las impresiones nacidas de las cartas de Laurencez, que por otra parte, estaban enteramente en desacuerdo con la política de Napoleón III, quien condecoró con la cruz de caballeros de la Legión de Honor, á un capitán, tres tenientes, cinco sargentos y dos cabos del 99 de línea, que fueron heridos en la acción del 5 de Mayo, y ascendió á comandante de batallón al capitán Detrie, que se distinguió en la misma acción.

Sin embargo, desde el combate en Puebla, ya no eran escuchadas en las Tullerías las opiniones de Almonte; por su parte seguía Saligny acumulando cargos en descrédito del gobierno y aun de todo el pueblo de México. Habló de la prisión y muerte de un individuo llamado Dastigues, artesano desconocido, al que pintó como personaje de importancia; dijo que se obligaba á los franceses á declarar contra la Intervención, so pena de ser expulsados; expuso que el mismo gobierno había hecho que el periódico llamado "La Cuchara," pidiese que los franceses tomaran las armas para combatir bajo el mando de oficiales mexicanos, contra las tropas de la Francia; aseguró que habían sido encarcelados multitud de sus compatriotas, y que el 16 de Setiembre habían sido asaltadas muchas casas francesas, resultando dos heridos, sin que se hubiera tomado medida alguna para contener el desorden.

El ministro de Marina mandó que viniese un contingente de cien marineros criollos y trabajadores de la Martinica y Guadalupe al mando del capitán Marechal, para que prestaran servicio en la plaza de Veracruz, en lugar de la guarnición europea. El ministro de la Guerra decía al general Laurencez con fecha 30 de Junio: "recibo en estos momentos una orden del Emperador, que me manda haceros las siguientes observaciones:

"El Emperador admira el valor desplegado por los soldados en el ataque dirigido contra Puebla; pero Su Majestad no ha encontrado oportuno ese ataque; la artillería no debió ponerse en batería contra las fortificaciones á distancia de dos mil quinientos metros.

"El Emperador os recomienda conservar buenas relaciones con Mr. de Saligny, que es su representante en México, así como con el general Almonte y demás jefes mexicanos que se adhieran á nosotros.

"El general Forey va en breve á tomar el mando en jefe del ejército; hasta

entonces limitaos á organizar la resistencia y las provisiones. El correo va á partir; no puedo más que renovaros, mi querido general, las seguridades de mis afectuosos sentimientos."

Con fecha 17 de Julio añadió: "Un general en vuestra posición, tiene por primer juez de sus acciones, su conciencia; el hombre recto y leal, como vos, no tiene necesidad de inquietarse de lo que la mala voluntad, tal vez la calumnia, levanta contra él; sigue su camino, hace lo que mejor le parece y desprecia los ataques vulgares que casi siempre no tienen más valor real que el que se da á los que los propalan. Mientras permanezca el representante de Francia debéis tener, si no para con su persona, al menos para con el carácter de que está revestido, la deferencia que exige su posición; os digo otro tanto con relación á Almonte. La misión que tenéis que llenar, mi querido general, no es puramente militar; se relaciona con asuntos trascendentales; es necesario elevarse y no perderse en el laberinto en que se abrigan las pequeñas pasiones."

El disgusto en las Tullerías fué extremado: se dieron las órdenes más ejecutivas para enviar refuerzos sin pérdida de momentos, y se pidió al cuerpo legislativo un crédito de quince millones que fué votado sin discusión; siete para el ministerio de la Guerra y ocho para el de Marina; todos querían que se lavara la mancha que había caído sobre el pabellón nacional. Cuando se hacían los preparativos más urgentes en los puertos y marchaban hacia éstos varios cuerpos de las tropas que guarnecían á París y otras ciudades del Imperio, se recibía la noticia de la llegada á Nantes del vice-almirante La Gravière, á quien se le mandó por telégrafo que se presentara al Emperador, con el que tuvo varias conferencias, y después asistió al Consejo de ministros. También fueron llamados é interrogados los oficiales de marina llegados de Veracruz, así como las personas en quienes se supusieron conocimientos del territorio mexicano y de sus condiciones climatéricas. Parece que á consecuencia de los informes del vice-almirante, fué diferido el envío inmediato de grandes refuerzos hasta el mes de Setiembre; disponiéndose, sin embargo, que sin tardanza marcharan cuatro mil soldados para la Guadalupe y la Martinica, en donde permanecerían aclimatándose, en tanto que los allí estacionados pasarían á prestar auxilio á Laurencez. El vice-almirante debía regresar pronto á Veracruz, en el mismo buque de guerra "Moctezuma," que le condujo á Francia. En las Tullerías se abrigaba todavía la esperanza de que las fuerzas de Laurencez, unidas á los reaccionarios, echarían abajo al gobierno del Sr. Juárez; y en tal caso, se evitaría la marcha de los refuerzos preparados, los que había de mandar el mariscal Forey, investido de plenos poderes militares y políticos.

Napoleón III manifestó su opinión acerca del asunto de Puebla, en la siguiente carta que dirigió á Laurencez.

"Junio 15 de 1862.

"Mi querido general:

"Con placer he sabido el brillante hecho militar de las Cumbres, y con pena la falta de éxito en Puebla. En la guerra se ve que algunos reveses oscurecen los

brillantes sucesos; pero esto no os desaliente; el honor del país está comprometido, y seréis sostenido con todos los refuerzos de que necesitéis.

"Expresad á las tropas que están á vuestras órdenes, mi satisfacción por su valor y su perseverancia en soportar las fatigas y las privaciones. Mientras más lejos están, más alcanza á ellos mi solicitud.

"He aprobado vuestra conducta, aunque parece no haber sido comprendida por muchos. Habéis hecho bien en proteger al general Almonte; estando en guerra con el gobierno de México, todos los que quieran refugiarse bajo nuestra bandera, tendrán el mismo derecho á nuestra protección. Pero esto no debe influenciar para nada nuestra política futura. Es contrario á mi interés, mi origen y mis principios, imponer un gobierno cualquiera al pueblo mexicano. Que elija con toda libertad la forma que le convenga; yo no le pido más que sinceridad en sus relaciones exteriores, y no deseo más que la felicidad y la independencia de ese hermoso país, con un gobierno estable y regular.

"Con este motivo, os renuevo la seguridad de mis sentimientos.

NAPOLEÓN."

Para acallar las murmuraciones que en París produjo la noticia de lo acaecido en Puebla el 5 de Mayo, publicó "Le Moniteur" el parte oficial del general Zaragoza, de cuyo documento se deducía que los franceses habían sido rechazados en los cerros; pero que habían quedado dueños del campo que ocupaban antes de la tentativa de apoderarse del de Guadalupe; añadió, que Laurencez había avanzado hasta los arrabales de Puebla, y que confiado en los pormenores del general Almonte de que estallaría en esa ciudad un movimiento contra Juárez, atacó el fuerte de Guadalupe con vigor, pero sin lograr el éxito que buscaba. Ese periódico oficial aseveró, que el parte de Laurencez no había llegado oportunamente á Veracruz para trasmitirlo á Francia, por la irregularidad en las comunicaciones, interceptadas por las guerrillas. Terminaba "Le Moniteur" por declarar, que el gobierno del Emperador disponía que inmediatamente fuesen enviados á México refuerzos considerables; resolución que aumentó aun más la inquietud del público ya tan alarmado por el silencio del comandante en jefe, pues si por el parte de Zaragoza se deducía que no se había sufrido un golpe definitivo, dejaba comprender la gravedad de la situación, al declarar que una maniobra le había quitado la ocasión de la victoria que habría inmortalizado su nombre.

En París se dijo que el fracaso fué debido á la tenacidad de los zuavos, que trasformaron un simple reconocimiento en ataque al arma blanca de un cerro fortificado por la naturaleza y por el arte, y cubierto de cañones; que los muertos habían sido pocos; que si Laurencez hubiera querido, al día siguiente de la escaramuza y sacrificando algunos centenares de hombres, habría entrado á Puebla; pero como esperaba al general Douay, volvió á su campo á fin de evitar la inútil efusión de sangre. Es sabido que las cosas pasaron de muy distinta manera de como las refería la prensa parisiense. Faltando informes se aumentaba la preocu-